

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 15 de diciembre de 1874.

Núm.° 15.

UNION DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

I.

Hace ya bastantes años, hallándonos de director de *El Clamor de Galicia*, periódico político que publicamos en la Coruña desde 1854 á 1856,—abordamos esta cuestion que es una de las más importantes, sinó la más, para el enaltecimiento, prosperidad y porvenir de la Península. Entónces, como ahora, nos quejábamos de que los españoles jamás tuviéramos estadistas y por consiguiente política internacional. La talla de nuestros hombres de Estado fué siempre tan miserable que, como consecuencia de esto, no hemos tenido nunca política exterior, sino *policia interior*. Tanto valian por lo regular nuestros hombres de Estado para ministros como para gobernadores civiles,—especie de *mosos de cordel* de la política ó *policia interior*. Jamás se han preocupado de la union peninsular, del rescate de Gibraltar, ni de la colonizacion de Africa y más cuestiones de elevada política nacional;—y estériles como la misma esterilidad, ocupaban sus puestos rutinariamente, como autómatas movidos por el resorte del presupuesto, esto es, sin inspiraciones propias de levantado patriotismo. No tiene, no, la culpa la nacion española de hallarse en 1874 como en 1800, respecto á esas tres grandes cuestiones que indicamos: la culpa estuvo siempre en sus hombres políticos,—pigmeos como ellos sólos, y encaramados á la cumbre del poder, no por su verdadero talento, sino por influencias palaciegas, por influencias clericales, por influencias de pandillaje ó por influencias de la prensa, hija del oro de los banqueros.

Mientras que Francia creó una Argelia, teniendo más distante que nosotros las costas de Africa; mientras que Inglaterra crea otra nueva nacionalidad en la India por medio de su inmenso comercio; mientras que estas dos naciones se aunan para perforar en toda su latitud la base del canal de la Mancha; mientras que Prusia asimila por medio de una nueva red de caminos de hierro á los pueblos sometidos á su improvisado dominio; mientras que Italia se anexiona á Roma sobre la frente del Papa; mientras que Rusia hace que la Pérsia proyecte una expedicion al Indo, no para estudiar en él las maravillas de la naturaleza, sino en demanda de caminos fáciles para poder llegar á la India lo más brevemente posible; y mientras, en fin, que cada nacion avanza ostensiblemente en la senda de las reformas útiles,—en España no hay más que ambiciones insensatas que jamás se extinguen, *politica personal*, en una palabra. Asi como los neocatólicos explotan al público con el nombre de *Dios* en los lábios, asi nuestros estadistas lo explotaron y explotan invocando siempre el nombre de la *patria*,—mitos ámbos funestisimos para el país. No hay política de principios, sinó política de agrupaciones: agrupacion Martos, agrupacion Pi, agrupacion Sagasta, agrupacion Ruiz Zorrilla, agrupacion

Salmeron, agrupacion Rivero, agrupacion Castelar, y asi hasta el infinito. No hay más que *sharia*,—y ¡la charla se ha deificado en donde quiera. Cuando *governar es preveer*, por más que nuestros estadistas ú hombres de Estado debian marchar derechos á un objetivo patriótico, y tan patriótico como ostensible, determinado previsoramente su derrotero,—al más eminente de esos gefes de pelea, Castelar por ejemplo, se le ve cantar el *mea culpa*, despues de empujar las masas al Canaham prometido: esto bastaria para inutilizar para siempre á cualquier estadista en una nacion,—y sin embargo, como la *charla* es la luz asquerosa que guia á nuestros politicos menudos, la charla vuelve otra vez á producir sus efectos en la marcha vertiginosa del progreso, y aun se espera *algo*... aun se vuelve á confiar en esas nulidades políticas, cuando *Operibus credite et non verbis*. Antiguamente se robaba en monte Torozos, ó en Despenaperros... pero se creó la Guardia civil y el tipo de José Maria se ha modificado en el del *charlatan* de los *clubs* ó de la Carrera de San Gerónimo. De robar *abajo* a robar *arriba*, trasposicion se llama á esta figura. De robar en los despoblados á robar en las butacas, transferencia se llama á esta figura tambien.

Si nos equivocamos, si esto no es asi,—para explicar entónces nuestras perturbaciones y nuestras desdichas políticas, hay que elegir como causantes, sinó á los vandidos, á los *cómicos*. Ministros de Estado como Pastor Diaz, nos escribian no ha mucho de su puño y letra: «que con la misma facilidad se ponian el traje de ministros, cuando los nombraban, que se lo quitaban, cuando dejaban de serlo;—y que el ser ó no ser ministros no les *desvelaba* lo más mínimo conocida la *farsa* ó comedia de la política nacional, *sin politica* (1).»

II.

Si en el presente siglo de ferro-carriles y de telégrafos... hubiéramos tenido nosotros estadistas verdaderos y no farsantes ¿seria posible que Portugal figurara aún como reino independiente de España?—De ningun modo.

Porque—¿hay algo que abone esa independencia, con el libro de su historia en la mano? Nada.

Para tener Portugal carácter de nacionalidad extraño al carácter de la nacionalidad española ¿le abona acaso su estructura geológica distinta de la estructura geológica peninsular? No; porque desde los Pirineos á los dos océanos y al Mediterráneo, en esa gran region que constituye la peninsula Ibérica, las montañas de Portugal son nuestras montañas, *sus rios nuestros rios*, sus mares nuestros mares, y no hay, pues, límites territoriales. Esto en cuanto á la identidad de suelo, que en cuanto á la identidad de raza y de lengua, diremos lo que

(1) Léase en el primer número de esta Revista, la biografía de Pastor Diaz.

decía uno de nuestros antiguos diplomáticos—el conde de Gondomar—«¿Portugal tiene que reconocer por sus primeros pobladores (después de la reconquista) á los gallegos ó á los moros: ¿que elija, pues.» En efecto ¿no bajó la reconquista de norte á sur? ¿A medida que nuestros gallegos iban reconquistando á los árabes el terreno palmo á palmo ¿no lo iban repoblando á la vez? Si; de aquí que no hay en Portugal denominación alguna de pueblo, que no sea meramente galaica; de aquí que el idioma de Portugal sea galaico puro, más ó menos perfeccionado. —¿Se querrá rebatir esta afirmación sacando á plaza el antiguo nombre de *lusitanos*?

Saquémosle, pues. Alcemos el velo nebuloso que pesa sobre la antigua Lusitania, é iluminémosla con la luz de la razón histórica.

En la antigua Iberia ¿qué region comprendía la Lusitania? Comprendía la region enclavada entre las paralelas del Duero y el Tago.—En este caso, pues, nuestras provincias de Badajoz y de Toledo, son *lusitanas*, y las provincias portuguesas de Braga ó *Tras os montes* y los Algarbes, la primera es *gallega*, y la otra *bética*. Portugal está muy lejos, pues, de representar geográficamente la Lusitania antigua.—Y aun cuando descendamos á la época romana y se apele á esto para determinar mejor la Lusitania, en la *nueva* division que de ella hizo Octavio Augusto, sus límites se fijaron al norte del Duero y al sur del Guadiana,—de modo que siempre quedaba la provincia de *Tras os montes* (Galicia bracara) perteneciendo á Galicia, y mitad de las provincias del Alentejo y los Algarbes perteneciendo á la Bética,—sin contar con el territorio oriental (Estremadura española hoy) que pertenecía á la Lusitania entonces.—Portugal carece, pues, de nacionalidad, por ser exclusivamente un pedazo de la antigua nacion Ibérica *en territorio, en raza y en lengua*.

Todo esto ya lo hemos abordado detalladamente en nuestra *Historia de Galicia*; pero, por si queda alguna duda, oigamos sobre lo mismo al gran historiador portugués, nuestro amigo Alejandro Herculano:

«La palabra nacion, representa una idea compleja. Agregacion de hombres ligados por ciertas condiciones, todas las sociedades humanas se distinguen entre sí por caracteres, que determinan la existencia individual de esos cuerpos morales. Muchos y diversos son estos caracteres, que pueden variar de unos para otros pueblos; pero hay tres, por los cuales comunmente se aprecia la unidad ó identidad nacional de diversas generaciones sucesivas. Son ellos—*la raza—la lengua—y el territorio*. Donde falta la filiacion de las grandes familias humanas, se supone quedar sirviendo de lazo entre los hombres de épocas diversas la semejanza de la lengua, el haber nacido debajo de un mismo cielo, cultivado los mismos campos, y derramado la sangre en la defensa de la patria común. Y en verdad, soto fuera de estas tres condiciones, la nacion moderna de Portugal se siente perfectamente extraña á la antigua nacion Ibérica.»

Querer, pues, entroncar el Portugal de hoy con la antigua Lusitania, es un error craso y una excentricidad histórica notoria. La raza céltica de los lusitanos, como la raza céltica de los galaicos—ra-

zas ámbas occidentales de la Peninsula—han desaparecido completamente del plano de Iberia por la explotación fenicia, la colonización griega, la invasión cartaginesa, la conquista y dominación romana, la monarquía sueva, el imperio godo y la inundación de los árabes. A través de los 3 ó 4 mil años de duración, en que Iberia pasó por esas fases políticas y sociales, la raza céltica de los lusitanos, como la raza céltica de los galaicos, no quedó incólume, irguiéndose como Anteo viva y fuerte en los portugueses de hoy. Aun cuando la region occidental de la Peninsula no sufriera las grandes mistificaciones de raza que sufrió con la dominación romana de cuatro siglos, la sueva de dos y la goda de tres,—bastaba sólo la dominación árabe de seis ó más siglos para enjugar del todo hasta la última gota de sangre lusitana que quedara. Mas feliz Galicia en esta parte que Portugal, resistió la invasión árabe como los vascos y navarros,—y de todas estas montañas que corresponden á la zona glacial de la Peninsula, fué de donde bajó la segur reconquistadora sobre Portugal, barriendo los árabes de su plano y *repoblándolo*. Esta es la historia. Con ella, pues, en la mano ¿dónde están hoy los celtas lusitanos? ¿Reaparecen en los portugueses del día? No, porque en los portugueses del día reaparecen los celtas galaicos, descendiendo de norte á sur, desde el cabo de Norteal (Ortegal hoy) hasta el Algar, ó tierra del sur segun los árabes.

Es imposible, pues, entroncar á los portugueses de hoy con los celtas lusitanos, haciendo descender lógicamente los unos de los otros. Todo falta para esto: la conveniencia de límites territoriales, la identidad de raza, la filiación del idioma. «La moderna nacion portuguesa—como dice el más eminente de sus historiadores—nació en el siglo XI *en un ángulo de Galicia*,»—y es un pedazo desmembrado de la antigua Iberia, *no sabemos por qué*.

III.

No sabemos por qué...! *That is the question*. ¿Qué derecho tiene Portugal para ser independiente de España? Rama del árbol Iberia ¿por qué pretende tener vida propia fuera del tronco, si esto es imposible, si todo, no sólo los hombres, sino hasta las montañas, los ríos y los mares se oponen á esa desmembración que Inglaterra apoya violentamente para su mejor explotación? Entremos en elevadas consideraciones de orden moral. ¿En dónde los portugueses tienen vida propia como nacion, si les falta la Inglaterra? En la conciencia universal, ¿no está reconocido Portugal como una *factoría* inglesa? Y esto es digno? Y esto es honroso? Cuanto más digno, cuanto más honroso no sería para Portugal, anexionarse á la antigua Iberia, su madre, y no sería hoy una hija desnaturalizada, extraviada y explotada por Inglaterra, á quien llama *su protectora*?—Bajo el punto de vista moral, pues, Portugal se parece á una hija de Iberia prostituida, á un lord inglés..

IV.

Persistimos aún más. Persistimos en indagar la *legitimidad* de Portugal para proseguir siendo

reino independiente de la antigua Iberia, hoy España. ¿Dónde basar ese derecho? ¿En que en el siglo XII, Portugal se hizo independiente con un francés por rey, con un francés casado con una hija ilegítima del rey de Galicia Alfonso VI?—¿Cuánto más legítima, y más pura sería entonces la independencia de la corona de Navarra ó de la corona de Aragon, *reinos propios* al fin en la inundacion del árabe, antes que Portugal soñara en ser repoblado de gallegos y constituirse en condado de Galicia para emanciparse despues con el carácter de reino! Si; más legitimidad abonaria á Navarra y á Aragon para ser reinos independientes de España que á Portugal;—y, sin embargo, Navarra, como Aragon y demás regiones de la península, todo lo sacrificaron por la unidad nacional de la antigua Iberia.

Ante la luz de la razon y de los hechos, el reino de Portugal enclavado en el reino de España, es una mofa horrenda á la historia y á la civilizacion de la época. Nada, nada y nada abona esa independencia; *porque no basta querer, para ser*. Si esto bastara, Navarra, Aragon, Galicia y las demás regiones monárquicas de la Edad media, se proclamarían independientes hoy mismo.

La independencia de Portugal, la ocupacion de Gibraltar y los fueros de las provincias Vascongadas, son tres desaciertos insufribles en pleno siglo XIX. Si hubiéramos tenido estadistas en España, y no charlatanes, cómicos y negociantes de la *res pública*, la patria sería patria, ó Iberia Iberia, compacta, uniforme y espléndida.

V.

Pero—no se envanezca Portugal de su independencia á *fortiori*, contra toda razon de estado y de derecho internacional, que esa independencia se desvanecerá como el humo el día que tengamos hombres verdaderamente políticos. Hasta las montañas y los ríos de la península, desmienten esa emancipacion de los dos pueblos peninsulares; pues no hay cordillera ni rio de España que favorezca esa emancipacion. Mírelo bien. No hay cordillera ni rio de España que se extienda ó corra de norte á sur; todas y todos, por el contrario, *entazan á la madre y á la hija*.—Si ella, contra toda razon de estado y contra todo derecho de los pueblos civilizados, para seguir en desviacion *se apoya* en la omnipotencia marítima de la Inglaterra, nosotros nos apoyaremos en la omnipotencia militar de la Alemania; y si ella se apoya en que hasta el cielo se hará sordo á nuestras razones, ya ve lo contrario en la invencion de los telégrafos y ferrocarriles grandes é irresistibles palancas que el Sér Supremo crea para anexionar y *unificar* lo más distante para cuanto más lo que *se toca y se confunde*.—La ley de la gravitacion, es una ley ineludible;—y así como en la física todo cuerpo mayor atrae al menor, así en el orden moral ó en el orden de ser de las nacionalidades, Portugal no podrá resistir á la ley incommovible de la gravedad. Portugal será de España como España de Portugal, *y en ambas renacerá la antigua Iberia*, pésie á las alharacas injustificables de los anti-iberistas. El telégrafo y el ferrocarril, harán lo que no hicieron nuestros estadistas. Veinte años nada más,—y la locura de

hoy será la razon de mañana. El hombre pone y Dios dispone,—y Dios no levantó la barrera de los Pirineos, como limite de dos naciones peninsulares *sinó de una sola*. Ir contra esa manifestacion del Creador, es nadar contra corriente, es ser locos hoy para ser razonables mañana.—Y si se nos objeta que la union ibérica se verificará tan sólo el día en que España sea *proporcionalmente* superior en todo á Portugal, eso es un sofisma craso; pues hoy por hoy, á pesar de nuestras perturbaciones políticas, ni en marina, ni en ferro-carriles, ni en ejército, ni en comercio, ni en industria, ni en nada, puede compararse, *relativamente*, Portugal á España;—que si la hacienda portuguesa pudiera aparecer mas floreciente en la comparacion que hacemos, téngase en cuenta para eso que el propietario está mucho mas *gravado* en Portugal que en España. En Portugal, no hay *ocultaciones* en la contriacion territorial, y sin embargo, es mucho mayor proporcionalmente lo que se paga en este concepto que lo que se paga en España *con habérlas*. El día que se verifique la union de España y Portugal, y no haya las ocultaciones escandalosas que hay en las contribuciones territorial é industrial, el propietario portugués saldrá mucho más ganancioso que lo está hoy. Hagase la revolucion económica en el sentido que llevamos expuesto en uno de nuestros editoriales; conclúyase con el clericalismo, alejándolo de la *res pública*; unáanse los dos pueblos peninsulares, porque son uno mismo en su origen, saugre, lengua é historia,—y la nueva Iberia reaparecerá gigante en el concierto de las naciones continentales.

Atendido á cuanto llevamos demostrado, el corrolario no puede ser más evidente. Escrito, palpitando y despidiendo torrentes de luz se halla en la conciencia de todos, peninsulares ó no peninsulares.

BENITO VICETTO.

1.º de diciembre de 1874.

A GALICIA.

(RECUERDO).

I.

Quiero cantar... ¡Land de mis amores,
haz resonar tu lánguida armonía:
quiero cantar el cielo de colores,
el mar y el suelo de la patria mía.

II.

Quiero cantar su *cielo*... ese tesoro,
de azul y plata pabellon gigante,
donde relumbra un sol de fuego y oro
y una luna amorosa y rutilante.

Quiero cantar el cielo de esa tierra
eneanto de las playas españolas,
bello al nacer el sol en la alta sierra,
bello al morir el sol entre las olas.

Que es de ver ese sol cuando en su oriente
se dibuja la luna silenciosa,
hundirse en estos mares de occidente,
rayos lanzando de carmin y rosa.

Ese sol siempre límpido y radiante
que no empaña jamás niebla sombría;
no hay sol como tu sol vivificante,
luna como tu luna, pátria mía!

III.

Quiero cantar el mar ondisonante
que en tus riberas se revuelve ansioso:
unas veces rugiente, amenazante;
otras veces tranquilo y luminoso.

El mar que lleno de argentadas aves
te brinda con sus mágicos conciertos:
museo inmenso de veleras naves,
museo inmenso de vistosos puertos.

Mar, que en su indiferencia, tus pintores
no explotan la belleza de sus minas...
¿No hay en tus puertos lienzos y colores?
¿qué esperau los Van-Dik de tus marinas?

Ay! cuanto el alma con afán doliente
ver tus cuadros marítimos ansía!
y cuanto anhela mi abrasada frente
las brisas de tus olas, pátria mía!

IV.

Quiero cantar tus ríos serpientes
sombreados de alisos y de encinas,
esmalutando sus giros llameantes
al pié de las poéticas colinas.

¡Cuan grato es admirar esos paisajes
que atesoran tus valles y tus rias,
orlados de fantásticos celages,
impregnados de aromas y armonías!

¡Cuan grato es ver los montes de tus puertos
salpicados de rocas de colores,
y ver sus flancos de verdor cubiertos
brotando ríos, y brotando flores!

Y tú vegetación rica y lujosa
mostrarse en la más árida pendiente,
y enguirnaldar con rosa en pos de rosa
el rápido declive del torrente.

Y al pié de tus nogales elevados,
verse apoyar tus músicos pastores
y oír aquellos cantos compasados
en que expresan sus dichas, sus amores.

Y en tus dulces y plácidas mañanas
en que forman las aves dulce coro,
mirar las pintorescas aureanas
recogiéndolo del Sil arenas de oro.

O ver también en la lejana cumbre
los templos levantados á María,
y de tu sol á la rogiza lumbre
la alegre y bulliciosa romería.

O ver tus cacerías animadas,
y oír sus voces prolongadas, locas...
que repiten las auras perfumadas
por los cóncavos antros de las rocas.

Y en medio de tus flores tan suaves
recrearme en la mágica armonía
que forman siempre tus canoras aves
cuando espíra la luz de un bello día.

Que allí, bajo tu bóveda estrellada,
y á la luz de tu luna voluptuosa,
lanzar quisiera mi postrer mirada
al extinguirse el alma misteriosa!

Oh! nadie podrá ménos de admirarte
en todo tu esplendor y lozanía:
pésie al que te calumnia sin mirarte,
no hay suelo cual tu suelo, pátria mía!

V.

Todo es hermoso en tí... cuanto te han dado
cuanto en tus vastos límites se encierra:
los montes de tu mar aurirrollado,
las verdes olas de tu verde tierra!

Paz y salud! — El hijo que te adora
recuerda con orgullo tu valía;
y en tanto que por tí suspira y llora,
pátria, este canto á tu hermosura envía!

B. VICETTO.

Sevilla, — 1850.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

MACIAS EL ENAMORADO.

II.

Sorpresa y duelo.

Elvira era una niña de ojos lánguidos, y de un cuerpo sumamente flexible; una de esas creaciones de artista llenas de vida y voluptuosidad... la más hermosa doncella del servicio de don Enrique.

Hacia pocos meses que había dado su mano á un escudero favorito del marqués, Hernán Pérez de Vellido, hidalgo de la villa de Porcuna; pero este enlace, más bien fué un convenio entre su padre y su esposo, que un deseo de aquella alma toda de Macias. Antes de consumarse el sacrificio de Elvira, el marqués había mandado al joven trovador á Arjonilla con una misión importante. Cuando tornó Macias, ya no había remedio; ese juramento indisoluble que une al esposo con la esposa, unía á su adorada ya con otro hombre.

Al siguiente día de la llegada del doncel de D. Enrique, se hallaba Elvira pensativa y sola, reclinada en un sillón de su aposento. Hacia una mañana deliciosa: todo inspiraba alegría al corazón; el campo, la atmósfera, el cielo, todo en fin aparecía embellecido por un sol vivo y brillante que derramaba por donde quiera sus destellos de carmin y oro.

De tiempo en tiempo una lágrima resbalaba por sus pálidas mejillas, y de ilusión en ilusión pasaba las horas pensando en su querido trovador, cuando éste se presentó á su vista de repente.

Al verle, al ver entrar furtivamente en su habitación á aquel doncel á quien tanto había amado, y amaba aún apesar de los lazos sagrados que la unían á otro hombre, uno de esos ayes ahogados, apenas perceptibles y tan propios de las grandes sorpresas amorosas, brotó de sus labios agitados: tembló en su asiento como si un estremecimiento de muerte conmoviera todo su sér, y sus ojos quedaron fijos en él como en la fatídica forma de un espectro.

El avanzó hasta ella sin murmurar una palabra, y con toda esa lentitud significativa del amante ultrajado.

Cuando se halló cerca de ella, cuando ya su agi-

tacion extrema se revelaba en él de una manera visible, Macías cojió una de sus manos entre las suyas y empezó á mirarla fijamente.

Elvira no pudo soportar aquella actitud y aquella mirada, y reventó á llorar con fuerza, apretando tambien entre sus manos las manos de Macías convulsivamente.

Un doloroso silencio reinó algunos momentos más. Despues, la voz de Macías resonó clara y distintivamente en aquella cámara.

—Casada...! exclamó, casada al fin!

—Oh! Macías...!

—Hablad, señora, hablad...! qué me podreis decir...? decidme por Dios alguna cosa más fatal de lo que sé, á ver si consigo morir á vuestros piés...!

É inclinó la cabeza sobre el pecho de orosamente.

—Oh! lo sabes...! exclamó ella: lo sabes ya todo?

—Todo... todo me lo han referido ya!

—Entonces sabrás por qué acepté la mano de Hernan Perez?

—Si, por impedir la ruina de tu familia.

—Luego, Macías, ya que sabes la distancia que nos separa, huye de esta cámara, huye porque una barrera maldita se interpone entre nosotros.

—¿Y qué me importa esa barrera? qué me importa que seas la esposa de Hernan Perez? qué importa todo eso á un hombre desesperado, á un hombre que sin tí desea morir? ¡Ay Elvira! ¡querida Elvira! ¡dónde van aquellas noches de ventura en que sólo en los jardines de palacio jurábamos amarnos hasta la muerte!—Ah! entonces cuán felices éramos! ¿no es verdad, Elvira?... Tu te dormias en mis brazos arrullada por mis trovas, y te desportaban los besos que en tu rostro imprimia ardiente de amor, enamorado como ninguno.

—Macías! á que recordar aquellos momentos si su memoria me desgarró el alma? si, tienes razon, entonces yo era tuya y éramos dichosos, pero ahora, ahora otro hombre me llama su esposa, un hombre que no amo ni amare nunca, porque este corazón que amó á Macías, no amará jamás á nadie...

—Elvira!...

—Oh! yo no te lo negaré, no; yo te amo y sólo en la tumba se extinguirá el amor de Elvira... Ah! maldición sobre los hombres que nos separaron el uno del otro poniendo un altar en medio!... Macías huye por piedad. Oh! te lo pido de rodillas, pues primero preferiria morir antes que te viese mi esposo en este sitio.

—Que venga, que estoy sediento de su sangre!...

Guay de Hernan Perez tan pronto mis ojos le divisé! Pero, Elvira, apenas hace seis horas que llegué de Andujar y ya quieres que me vaya, que me vaya cuando sólo á tu lado me parecen cortos los instantes! Deja que goze un momento más la dicha de oír esa voz que derrama ventura en los corazones, y que ledo y arrobado de placer contemple los hechizos de esa faz de ángel!

Y mientras el doncel la levantaba del suelo y la estrechaba con delirio entre sus brazos, un hombre entró en el aposento.

—Trovador de los infiernos!... gritó con voz de trueno sacando su espada, y lanzándose al encuentro de Macías.

Al verle, Elvira lanzó un grito de sorpresa, cayendo desmayada en un sillón contiguo; y el doncel murmuró una imprecación horrible, y con la espada en la mano se precipitó al encuentro de Vadillo.

Entonces comenzó entre ambos rivales una lid terrible y encarnizada... un duelo sangriento del que debía resultar la muerte de los dos, segun la intrepidez y denuedo con que se atacaban y defendian. Habia llegado el momento que ansiaban y temian desde tanto tiempo; y cada uno queria beberse la sangre del otro como si no fuesen más que dos pante-

ras disputándose una presa que les fuera más grata que la vida.

Por lo regular cuanto más furiosos son los combates de hombre á hombre, más pronto se terminan; y así sucedió con el que nos ocupa.

Vadillo exhaló un ay!

Este ay! débil é imperceptible era el epílogo del duelo.—El escudero del marqués habia caído muy mal herido y sin conocimiento.

Al mirarle en tal estado nuestro irritado trovador, dirigió la punta de su espada al corazón de su exitimo antagonista: tal era el corage que le inspiraba aquel hombre que aún le parecia poco verlo vencido, y seguidamente le hubiera muerto, si la voz de don Enrique de Villena no se dejase oír cerca del aposento donde estaban.

Irritóse el marqués hasta lo sumo al comprender aquella escena, y despues de reprender agriamente á su doncel, mandó á sus soldados que lo llevasen preso á su castillo de Arjonilla.

III.

Vida por vida.

Cuatro meses habian trascurrido desde los sucesos que acabamos de referir, cuando una tarde el de Vadillo entró en la cámara de don Enrique de Villena, y arrojándole á sus piés le dijo:

—Señor, acordaos de aquella noche que doña María...

—Tente, Hernan Perez, dijo el maestro de Calatrava, pues entonces ya no era don Enrique el hechicero, estremeciéndose al recuerdo de su desgraciada esposa.

—Pues, bien, marqués: aquella noche vino á Andujar ese malvado Macías, y ese hombre tan funesto para mí, despreciando los lazos que me unen con Elvira, entró en su habitacion y... yo no sé lo que pasó entre ambos, pero cuando penetré en la estancia donde se hallaban, mis ojos los contemplaron abrazados.

—Abrazados!

—En seguida hubo un duelo entre el doncel y yo, del que resulté vencido.

—Si... si... recuerdo voto á bríos, y yo al saber tal mandé prender á Macías y encerrarle en una torre de Arjonilla.

—Bien: pero no basta eso, porque aun así, él escribe trovas que ella lee con una satisfaccion indecible.

—¿Qué quieres, pues?

—Quiero que ese gallego trovador, nacido para mi desdicha, muera dentro de pocos dias. Acordaos, señor, que aquella noche en que doña María pereció á mis manos, vos me disteis vuestra palabra de que...

—Te entiendo... favor por favor, vida por vida. Pues, bien, desde ahora mismo puedes matarle donde quiera que le encuentres. Si, Hernan Perez, mátaale donde quiera que lo veas.

—Dios os conceda su gracia, don Enriqué, dijo Hernan Perez de Vadillo levantándose.

Y dió unos pasos para salir.

—¿Dónde vas? le preguntó el marqués.

—Voy al instante á atravesar el pecho de Macías.

Desapareció el escudero al decir esto, y don Enrique entró en una estancia reservada que tenia, y que segun el vulgo, era el teatro de sus conjuros de nigromántico.

B. VICETTO.

(Se concluirá.)

NADA...

Quando nos vimos por la vez primera el amor palpité en nuestra mirada; inmóviles los labios estuvieron, pero los ojos ¿qué digeron?

— Nada.

Nos volvimos á ver, y nuestros labios no pronunciaron la menor palabra. Sólo los ojos se entendieron, sólo; mas para el vulgo ¿qué decían?

— Nada.

Desde entónces, do quiera que nos vemos en nuestros labios nuestras almas callan; pero, en cambio, brillando nuestros ojos ¿qué dicen, vida mia?

— Nada... nada...!

ANTONIO DE PAZOS VELA-HIDALGO.

Ferrol—1874.

GALICIA PINTORESCA.

EL MONTE ALOYA.

(Apuntes del diario de un colegial).

(CONCLUSION.)

El sol empezaba á declinar, y aún teníamos que subir gran trecho para llegar á la capilla.

Con verdadera pena me aparté de aquel lugar, y comencé la más fatigosa ascension del Aloya.

El panorama se iba dilatando por momentos. El aire se hacia más puro y ligero. La atmósfera, más diáfana. Un vienteccillo de poniente se dejaba sentir en *crecendo*. La cumbre nos aguardaba á corta distancia.

Embebidos en la abstraccion que nos causara el *dólmen* y los *menhires*, subimos el temible repecho próximo á la cima sin apercibirnos de ello.

Vencida esta dificultad, nos hallamos en una meseta ó planicie, donde se erguan las modestas paredes de la ermita de San Julian.

Los romeros no llegaban á quinientos. El esfuerzo de los colegiales animaba el concurso.

Pisábamos mullido césped, no de otra suerte que el solitario de Siria huella la florida cumbre del Tabor.

Inmediatamente entramos en la capilla á saludar á los bienaventurados héroes de la fiesta, y allí vimos el *verdadero santo* y el *guardia civil*, esto es, la imágen de piedra y la de madera.

Nuestros compañeros se esparcieron luégo por aquellas breñas. Los cuatro que habíamos peregrinado juntos, no nos separamos.

El guía nos condujo á la *fuenta de San Julian*, manantial de fresquísima agua que apagó nuestra sed, y que derrama su líquido tesoro por la vertiente sud del monte.

Nuestro *cicerone* prefirió el licor de Sileno, brindó por la salud del santo, y se despidió de nosotros para ir á bailar una *ribeirana* con la más poética doncella de la romería.

Pronto quedamos solos mi amigo y yo. Como hijos de la misma playa, ansiábamos verla, siquiera de léjos, y nos decidimos á trepar cual cabras por unos peñones que parecían ser el punto más alto del Aloya.

Así se efectuó. Reposamos en el vericuetto y tendimos la mirada sobre la nueva tierra de promision.

La perspectiva era admirable.

Surcian del mar las escabrosas islas Cies, presentando, por efecto de la luz solar, todos los flancos perfectamente de relieve.

Desde allí se extendía el golfo de Vigo con sus pintorescos puertos en la península de Morrazo; y más allá de ésta, dominábamos la ria de Pontevedra, hasta perderse la vista en una línea oscura formada por la tierra de Sanjenjo y Combarro. Llegábamos, pues, á divisar nueve leguas geograficas por el norte.

Siguiendo al este, impedía la visual la próxima montaña de San Antonio, que nos estorbaba para contemplar á Vigo.

Hubimos de contentarnos con reconocer media bahía, y replegar nuestros vuelos á las comarcas más cercanas del Porriño, cuya carretera hasta Tuy velamos sin dificultad, serpenteando por las *gándaras* ó navas de Budiño, que recuerdan el paso de Alfonso el Católico en la reconquista.

Deslizábase por allí entre arboledas el Louro, que venia á morir al Miño.

Este semejava una cinta de plata, cuyas ondulaciones percibíamos desde más allá de Salvatierra, besando los viejos muros de Menzon en tierra portuguesa, y dividiendo dos pátrias con su lecho de sauces posado en las vegas más amenas que pudiera idealizar el Lorenés.

Al sur, se alzaban las torres agudas de Tuy y las merlonadas murallas de la extranjera Valenza: dos ciudades hermanas en la historia, en la lengua y en la hermosura. Preciso es ver aquellas campiñas, siempre verdes, para formar idea cabal de tan encantado paraiso.

Los accidentes del terreno nos velaban el curso del Miño á veces, pero alcanzábamos á distinguir las puntas del monte de Santa Tecla en la Guardia, donde el río y el mar se mezclan en rumores concierto.

La cordillera del Cereixo, gigante de nuestros confines, destacaba al oeste sus paídas y ásperas moles. Tras ellas se dilata la costa brava desde la desembocadura del Miño hasta Bayona.

Infinitas villas, aldeas, caserios y santuarios esmaltaban nuestros alrededores.

Volviendo al punto de partida de nuestra contemplacion, vimos el negro castillo de la antigua *Erixana* batido por las rompientes del océano.

Teníamos horizontes de montañas y mares sin limites; un cielo de dulcísima luz; un silencio sólo interrumpido por el eco de las playas y de los arroyos perdidos entre peñas, barrancos, verdes cañadas y pinares mugidores.

¡Magnífica soledad, á cuyo encanto embargan la mente y el corazon los ensueños y las emociones del poeta!

De pronto apareció en el mar una fogata de hermoso color rojizo. El sol tocaba ya en occiden-

te. Su disco se agrandaba y despedía un fulgor singular. Cuando desapareció del horizonte, sobrevino en mí una impresión de tristeza. Apenas podía disiparla mi amigo, llamándome la atención á los bellísimos matices del cielo en el crepúsculo. Aquel astro que se sepultaba en el mar, llevaba consigo mi contento.

Sonó entonces la campana de la ermita. Nos levantamos y dirigimos al cielo una breve oración, tal vez en el mismo lugar santificado por el druida con sus preces del plenilunio.

El encanto de la tarde, las memorias del pasado, el espectáculo sublime que presenciaba, la imagen de mis hogares, la oración y la misma melancolía de mi espíritu soñador, me trastornaron. Cuando quise hablar, solo acerté á decir con emoción la más viva, pugnando por sonreír como ántes:

—Amigo mío; me reconcilio con San Julian y compañeros mártires, en ofrenda eucarística de lo que me han hecho ver, sentir y admirar.

A todo esto, la noche avanzaba. El valle estaba casi en la oscuridad, y no tardaría mucho el monte en velarse con el tocado de los terrores.

—¿Ha concluido vuestro éxtasis?—nos preguntaban los compañeros, empezando ya á bajar la montaña.

Ellos, más alegres y positivos que nosotros, embellecían á su manera la jornada. Hubo algunos que se echaron á rodar muy tranquilamente por la peligrosa cuesta.

El viento había recrudecido, y el frío quería hacerse penetrante. Los crepúsculos de invierno son cortos y poco agradables. Nos habíamos dejado sorprender por la noche en la sierra. Solo temíamos entonces que lloviera, según el pronóstico relativo á la procesion del santo.

Contestó á estos temores la voz de nuestro guía, que tornaba de la peregrinación con los últimos aldeanos y volvía á incorporarse á nosotros.

—Hoy no llueve, dijo, porque si el santo se movió, fué para festejarle y no para otra cosa. ¡No faltaría más!

Hizonos reír la salida del labriego, que suponía un contrato entre el santo y sus devotos, no muy auténtico para el más fanático moralista.

El buen hombre venía más alegre que lo regular. Sus chistes por una parte, y los tumbos, resbalones, mal reprimidos votos y quejas de cansancio de unos y otros, me volvieron la anterior alegría.

Algunos encendieron velas, que rodeadas de un cucurucho de papel y sugetas á la punta de un palo, hacían por aquellas veredas el efecto de la columna de luz maravillosa que guiaba á Israel por el desierto.

Quién cantaba, quien gritaba, uno se lucía con piruetas y cabriolas, otro repiqueteaba las castañuelas, y el buen humor presidía nuestra vuelta al hogar.

Así distrajimos la legua de bajada. Ya cerca de la ciudad, nos restituimos al orden.

La luna creciente nos enviaba sus tibios resplandores. La poesía de la noche recordaba la poesía de la tarde.

Con la cabeza llena de ideas que se atropella-

ban unas á otras, nos complacimos en hablar de todos los acontecimientos de la jornada.

Al recordar el túmulo de nuestros patriarcas, súbito pensamiento cruzó por mi frente.

—Mira el cielo, dije á mi amigo.—¿Qué ves?

El, sorprendido por mi pregunta, contestó con la mayor naturalidad:

—Veo un hermoso cielo azul, una luna que encanta y estrellas á millares.

—Esas son las armas de Tuy. Recuerda sus blasones: *la luna creciente y tres estrellas en campo azul*. Hemos hablado de celtas y druidas...

—Basta,— me interrumpió mi amigo.—Hoy quedo plenamente convencido de que soy nieto de celtas y druidas. El escudo de esta noble y antigua ciudad es la mejor presea de su abolengo.

—No hemos perdido el tiempo al ir en romería á San Julian del Monte,—decía yo entrando ya en el claustro bajo del colegio.

—Y será inolvidable para nosotros la ascension al *Aloya*,—añadía mi concólega.

Eran las nueve de la noche cuando reposábamos de tanta fatiga. El alma, empero, trabajaba más que nunca.

Por la copia del diario,
TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

Madrid, noviembre de 1874.

LA CAMPANA DE ALLONS.

Campanas de Bastabales,
cando vos oyo tocar
mórtome de soledades.

(Cant. popular.)

I.

«Y tú, campana de Allons,
que roncamente sonando
viertes en los corazones
un bálsamo triste y blando
de pasadas ilusiones;

Allá en los pasados vientos
los primeros de mi vida,
oigo tus vagos concertos,
reloj de tristes momentos
de mi patria tan querida.

Ay! cuánto te recordó
el que se marchó á la guerra
cuando á sus padres dejó;
y partiendo á extraña tierra
de *Baneira* te escuchó.

Cuántas del mar africano
cautivo *bergantiñano*
oyó en un sueño de horror,
tu eco atormentador
en las noches de verano.

Cuando te siento tocar
campana de Allons doliente,
en las noches de lunar...
rompo triste á suspirar
por cosas de un mal ausente.

Cuando amorosa tocabas
por la tarde á la oracion,
campana, tu siempre hablabas
palabras con que cortaban
las cuerdas del corazon.

Tu contabas á los vientos
cosas de mi mal presente:
mis más futuros tormentos,
que dabas con sentimientos
segun tocabas doliente.

Campana, si á brillar van
cerca de la puente Cesó
las fogatas de San Juan,
dile á todos que estoy preso
en las mazmorras de Oran.

Y á aquella niña inocente
que me mataba de amor,
al regazo dulcemente,
temblando como una flor
sobre escondida corriente;

Dirasle que una de hierro
cadena, aquí me asesina.
castigo atroz de mi yerro;
y que dentro de este encierro
sólo su amor me ilumina.

Y tú, golondrina errante
de los desiertos de Argel,
si á mi tierra tan distante
te lleva el vuelo constante,
dile mi penar cruel.

Por mi te han de preguntar:
diles que estoy en prisiones:
y en las noches de lunar
vete una vez á posar
al campanario de Allones »

II.

Asi triste en tierra ajena,
allá en las playas de Oran
cantaba un mozo su pena;
al rumor de su cadena
que arrastraba con afan.

III.

«Oh, madre de mi vida,
adios, adios mi padre;
prenda de mi querida,
adios, adios, oh, madre!
sombras de mis abuelos,
rio de puente Cesó,
pinar de Tella espeso...
acordaos de este preso
como él de vuestros cielos,
Campana de Allones,
noches de lunar;
luna que te pones
detrás del pinar:
adios...
adios...
adios...»

EDUARDO PONDAL. (1)

(1) Traducida del dialecto gallego por nuestro amigo don José Antonio Perez.

GALICIA ARQUEOLÓGICA.

EL CASTILLO DE MONFORTE DE LEMOS.

IX.

Torre de la atalaya.

Entre la puerta del Noroeste y la del Sur, á 80 metros de la 1.^a y á 130 de la 2.^a, está situada una de las torres más altas del castillo y que llamamos de la *Atalaya* por una particularidad que las distingue de las demás. Cerca de sus almenas, y por el lado del Mediodia, hay unas piedras salientes de sil eria en figura de balconillo que debió servir para los pregoneros de la villa. El pueblo de Monforte, esclavo de su señor feudal, tenía que levantarse para el trabajo al toque de vóina, y las horas de movimiento como de descanso todas las faenas agrícolas, la siembra y la recolección las siegas y las vendimias estaban reglamentadas y á la voluntad caprichosa del Conde de Lemos. La antigua poblacion se hallaba inmediata a esta torre dentro del recinto de los muros, y desde aquella atalaya la voz de un heraldo, ó el sonido de un cuerno despertaría á un pueblo tan ignorante y tan servil como trabajador y desgraciado.

X.

Torres de Levante.

Hay dos torres situadas entre la puerta del Sur y la del Norte por la parte de Levante separándolas una distancia de cien metros. La más proxima á la puerta del Mediodia, y cercana al portigo de la Falaguera, dista de aquella unos 170 metros, debiendo existir probablemente otro castillo intermedio, lo que no puede asegurarse por estar borrados los cimientos de la muralla en la mayor parte de esta longitud. Esta obra no conserva más que sus muros hasta 4 metros de altura sirviendo de cerca á una finca particular.

La otra torre, distante unos 50 metros de la puerta del Norte, es tan alta como la de la Atalaya, habiéndose hecho un pretil corrido de sus almenas para servicio de una casa en la calle del Sacramento, cuyo dueño ha tenido la amabilidad de darnos paso por la puerta principal de la misma, hallándose el primer piso, efecto de la pendiente del terreno, á nivel del terrado de este castillete.

En los primeros años de este siglo, los franceses han abierto unos portillos en dicho pretil para entillar tres cañones de montaña contra los valientes hijos de Monforte que se dirigian á la debesa de los frailes benedictinos de San Vicente, despues de haber hecho una resistencia superior á sus fuerzas y pagando cara sus vidas. Hoy sirve este terrado de desahogo á una escuela particular de niños, que aprenderán en el ejemplo de sus abuelos á defender la libertad y la independencia de la patria.

XI.

Torres del Norte

Se hallan emplazadas dos torres entre las puertas del Norte y Noroeste, distantes cien metros una de otra.

La primera, á 80 metros de la puerta del Norte, tiene diez metros de elevacion, y á la mitad de esta altura, á uno y otro lado de los que flanquean la muralla, hay dos aspilleras que se corre ponden con las que existen en el centro de sus almenas desportilladas. Sobre á de levante hay una ventana cuadrada de un metro de luz.

La segunda que se halla á unos 175 metros de la puerta del Noroeste y en cuyo trecho debió existir al ménos otra torre igual en el ángulo de la ciudadela más aproximado á los torreones de aquella misma puerta, se presenta erguida á la vista del viajero como un vigia del castillo del homenaje en la cumbre de esta montaña. Parece un enano al lado de un gigante, un baston al lado de un arbol, un hidalgo al lado de un conde, un bufon al lado de un rey; parece en fin, lo que es: un castillete al lado de un castillo.

Se sostiene en pié con tres pisos en esqueleto, terminados en bóveda, con una puerta que se vé y una escalera que se oculta para subir al terrado y llegar á las aspilleras de sus almenas. Sus muros tienen metro y medio de espesor. En el lado del Poniente, dentro de la ciudadela, está la puerta de entrada que termina en arco de medio punto y casi obstruido por los escombros de las ruinas. A la altura del piso primero hay otra puerta rectangular y en su dintel la cruz, ó sea la \dagger que sirve de escudo á la villa de Monforte y de la que nos ocupamos. Sobre esta puerta hay una ventana de 80 centímetros en cuadro.

Tal es el estado actual de una torre que se ha puesto a la sombra de un castillo como se ha ía puesto el pueblo á la sombra de un despot.

XII.

Ciudadela de la Fortaleza.

Arruinados los edificios, y aparte de los que llevamos descritos correspondientes también á esta ciudadela, sólo existen unos muros que limitan su recinto y nada contienen que merezcan atención particular. Conservan algunas aspilleras iguales á las de las torres, y otras están tapiadas. Su fábrica igual á la de las murallas. Estas últimas forman un polígono irregular cuyo perímetro, sumando distancias parciales, es de 900 metros. El área ó superficie del polígono no la hemos calculado porque tendríamos que suponer dividida la figura en triángulos, medir sus alturas y algunas bases y después de halladas sus áreas sumarlas luego, si habíamos de saber los metros cuadrados de terreno comprendidos en esta fortaleza. Este trabajo aunque en menor escala era necesario en el recinto de la ciudadela, que de no haberse hecho es un dato que falta, y que sabrá dispensar el curioso lector. Si se supone por un momento que el polígono general del castillo sea regular y se calcula en doscientos metros su apotema, el área que resulta es de noventa mil metros cuadrados y aproximadamente será esta su superficie. La de la ciudadela, que es muy pequeña, relativamente, la calculamos en tres mil metros cuadrados, salvo error.

XIII.

Castillo del Homenaje.

Todos estos castillos, como todos los monumentos del feudalismo, personifican la época que les dió vida y hasta imprimen tal carácter y tienen un aspecto tan imponente, que llegan á impresionar el ánimo del que los contempla y los admira, no por la belleza que ostentan en sus proporciones colosales, ni por la gracia de sus formas, ni por la pureza de sus líneas, sino solamente por la historia que recuerdan de aquellas épocas en que la piedra ponía de relieve el sentimiento profundo de su destino.

Más no podemos ahora entrar en consideraciones filosóficas, históricas, ni artísticas; porque nuestro objeto es más humilde y más sencillo. Vamos á describir esta obra como cualquiera otra de la fortaleza;

mejor dicho, vamos á trasladar al pié de la letra los apuntes de nuestra cartera tomados en estas ruinas.

La planta de este castillo no es precisamente un cuadrado; es un rectángulo cuyos lados Norte y Sur tienen de longitud cada uno, doce metros y cincuenta centímetros; si es verdad lo que dice una cinta metálica que nos ha servido en algunos replanteos de obras públicas importantes; así como diremos que fueron medidas con la vista, con la mano y por medio de pasos, otras longitudes de la muralla y de las torres.

El espesor de estos muros, que se elevan orgullosos desafiando los vientos y las aguas, es de tres metros y treinta centímetros. La altura, calculada con dos jalones desiguales desde la meseta que hay inmediata al convento de San Vicente, por falta de instrumentos de precisión á no haber una escala para llegar á las almenas y tender la cinta por los lisos paramentos del castillo, es de 25 metros y 50 centímetros; altura que resulta también con diferencia insignificante, multiplicando *setenta y tres* hiladas corridas de sillería de granito de que se compone la fábrica desde el punto más bajo, ó sea desde la línea de tierra, hasta la parte superior de dichas almenas, por *treinta y cinco* centímetros, que es la altura media de estas hiladas aproximadamente iguales.

Una escalinata en dos tramos, que se apoyan en el mismo lienzo del castillo que dá a norte, nos conduce á una puerta de ochenta centímetros de luz y doble altura, en cuyo dintel vuelven á aparecer aquellos seis reles ó castros de que hablamos al describir la puerta del Norte. Sobre esta entrada, y á la elevación de dos pisos, hay un vano de un metro y veinte centímetros en cuadro, ocupando esta última fracción unos sillares que dividen la luz en sentido vertical en dos partes iguales, y presenta á la vista dos ventanas adosadas terminando en dintel á estilo árabe.

Por el lado del mediodía, en su centro y á la mitad de su altura, sólo hay un tragaluz que coje dos sillares en alto y diez centímetros de abertura. A cuatro metros más de elevación y cerca del ángulo que forma este mismo lado con el de oriente, está el escudo de armas del Conde de Lemos como una de tantas piedras que constituyen la obra de fábrica.

Por el de Levante, á unos setenta centímetros de la coronación del castillo, hay una ventana cuadrada de un metro de luz con reja saliente y a cuadros. Las aguas del terrado se filtraron por algunas juntas horizontales de este lienzo, y corrieron por su paramento afeándolo y oscureciéndolo.

Por el lado del Poniente, y cerca también de la coronación, hay otra luz igual, pero sin reja, estrechándose algo el vano por la parte superior á causa de la forma particular que afecta su dintel. Unos seis metros más abajo hay otro tragaluz parecido al del paramento del Sur.

La coronación sobre que descansan las almenas que comprenden seis hiladas de sillería, la forman unos grupos de tres sillares cada uno, avanzando en escalones sobre los cuatro paramentos y colocados de trecho en trecho para dejar espacios ó *ladroneras* que impedirían el que nadie se acercase al pié de este coloso, pues desde aquellas barbacanas, se arrojaría agua y aceite hirviendo, plomo piedra y todo cuanto hubiera á mano y pudiera quemar ó aplastar al enemigo, si llegaba sano de todos los dardos dirigidos contra él desde las almenas de las murallas y de las torres.

JOSÉ M. HERMIDA.

(Se concluirá.)

QUERER... Y NO PODER.

Aburrido de ver que con enojos
tu mirada á la mía repelía,
juré no verte más .. cerré los ojos...
pero en la oscuridad y en los abrojos
de los senos del alma... ¡aún te veía!

B. VICETTO.

Coruña—1867.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

Una excursión al Pico Sagro.

I.

Era una hermosa mañana del mes de octubre último.

Serían las seis, y una neblina parecida á la que cubre la superficie cristalizada de los ríos, envolvía la pintoresca villa de la Estrada, que á imitación de una paloma torcaz que duerme en lo más alto del sauce, se entregaba aún al descanso sobre la elevada meseta en que se asienta.

Nadie discurría por sus bellas y bien delineadas calles, á escepcion de unas ocho personas que, montadas en soberbios trotones del país, estaban para ponerse en marcha.

Estás eran las que llevadas de una curiosidad artística y deseando examinar las excelsas obras y los prodigios de la naturaleza, se dirigían á ver el famoso y tan popular Pico Sagro.

Entre las personas que formaban la comitiva eran de notar, el distinguido físico y químico don Victoriano Carreira, el excelente topógrafo don Manuel Luces Reloba y el aventajado director de caminos don Benigno Losada.

Cuando todos estuvimos dispuestos, se dió la voz de marcha, y empezamos á desfilar á un trote largo.

Por entre espesas y poéticas robledas, por campos tapizados de flores y verdura, por entre sembrados de dorados y chinoscos maizales, nos dirigimos hácia Santeles y Cora, para tomar la barca del río Ulla, en el punto llamado *Cubela*.

A la hora y media de camino se dibujó ante nuestros ojos un panorama delicioso, sublime, ideal: era el río Ulla, que cual una hermosa serpiente de cascabel, se retorcia por las márgenes de las risueñas riberas de Sarandon, Riveira y otros puntos no ménos pintorescos.

Luego que llegamos al sitio donde constantemente espera la barca, para trasportar al viajero á la orilla opuesta, nos apeamos;—y al dirigir nuestros ojos á la brillante cascada que allí se vé, tuvimos que bajarlos, porque los rayos del sol que ya habia disipado la niebla y que iluminaba en aquel momento el horizonte con todo su esplendor, herían las plateadas linfas y le daba un aspecto parecido al que presentan los más puros diamantes del Visa pur y de Golconda.

La flema y la calma del barquero, que por desgracia caracteriza á esta gente rural, no nos impacientó ni exasperó nada, porque entretenidos

como estábamos en observar las caprichosas curvas del río, los frondosos sauces y álamos que le daban sombra y los esbeltos patos que ora se zambullían en las aguas y estaban largo rato ocultos, ora salían á la superficie y nadaban con una rapidez pasmosa, pasaron los momentos sin darnos cuenta de nada por el éxtasis de la contemplación.

Al fin, y despues de un cuarto de hora que tardamos en cruzar el río, nos vimos en el otro lado, abstraídos más y más en los encantadores paisajes que ante nuestra vista se presentaban, y de lo pródiga que con ellos habia sido la naturaleza.

Caminamos como tres cuartos de hora, por debajo de lozanas y largas vides, —y pronto llegamos á la quinta que en Vedra posee el Sr. D. Benito Tarrío, rico propietario de la Estrada, que es una buena y magnífica posesion. Allí nos apeamos porque eran las diez y hacia bastante calor; descansamos en su bella granja, bajo el terrado de sus parras, y fuimos obsequiados con un refresco por su amable señora y por sus bellas hijas, que con una galanteria á toda prueba, nos enseñaron su finca y su gotica capilla.

Salimos de allí dando gracias á las *veraneantas* y tuvimos también el placer de saludar á don Jambier Silva y á toda su familia, que á instancia de las otras intentaban obsequiarnos.

Anduvimos aún largo rato, y á eso de las once y media llegamos al meson de Mareque y pudimos ver con gusto el Pico Sagro, que á imitación de un gigante de larga barba y negra cabellera, examina con avidez el valle y las aldeas que se dibujan á sus piés.

Empezamos á ascender esta montaña histórica de Galicia, donde eran coronados los reyes Suevos,—y á las doce en punto, estuvimos en su cima.

II.

Jamas se hallará espectáculo tan espléndido, poético y fantástico, aunque examinemos geográficamente toda la superficie del globo, como el que presenta el Pico Sagro con la Ulla á sus piés.

Todo cuanto de él pudiera decirse es pálido ante la realidad.

Sus enormes rocas de granito, formadas por un cuarzo semi-cristalizado, le dan un aspecto ideal á la par que magestuoso y formidable. Parece el vigia que está pronto á dar el grito de alarma, así que vea asomar al enemigo; parece el fiel centinela que en la almena del castillo espera las órdenes de su señor, ya para matar, ya para perdonar; parece el viejo pastor que con un cuidado admirable guarda sus ganados, que son los lugares que se elevan á sus plantas; parece, en fin, el severo juez que espera hacer pronta justicia á quien vaya á demandársela.

Al oeste se encuentra el pequeño santuario conocido con el nombre de San Sebastian del Pico-Sagro, el que llama á la oración y parece indicar á los viajeros que hasta allí suben, que despues de aquella notable cúspide, sólo se vé la omnipotencia y la grandeza del Sér Supremo.

Al norte se divisa la segunda Roma del mundo, la que presenta sus antiquísimos é inimitables edi-

ficios, como una prueba de la civilizacion y cultura que un dia se encerró en su seno. Las altas torres de la catedral compostelana, parecidas á las pirámides de Egipto, parecen saludar, de una manera cordial, al rey de las montañas galaicas, al Pico-Sagro. A los otros lados se ven descollar alamedas frondosas, vegas interminables de luciente yerba, risueñas aldeas, blancas y pintadas casas, y por fin el Ulla, que con la magestad de su poética marcha, viene casi á rendir tributo al nuevo Dofrines ú Ourales.

Al oeste tiene una de las aberturas subterráneas, que dice á una de sus muchas galerías, por la que para entrar es preciso ir arrastrándose, por más que allá dentro toma despues mayores proporciones, y se encuentra un camino por el que caben sin dificultad, de pié, dos hombres.

Enaminamos con el mayor interés aquellas galerías, construidas por no sé que seres desconocidos, pero á los cuarenta pasos tubimos que suspender nuestra marcha por debajo de la tierra, por que hallamos un abismo, un precipicio casi insondable.

Quisimos ver si en él se veia alguna cosa, y al efecto arrojamos estopas encendidas rociadas con petróleo, pero nada podimos distinguir despues: hicimos descender una cuerda en cuya estremidad llevaba atada una piedra, hasta que tocó en pavimento duro: recobrada la cuerda, midió diez y ocho varas y media.

Nos volvimos atrás pesarosos de no poder continuar nuestras investigaciones,—y como ya eran los dos de la tarde, nos decidimos á comer á la sombra de dos robustos y viejos alcornuques, que un poco más abajo de la cima y al lado de una pequeña fuente, proyectan sombras sobre un campo parecido á un oasis en medio del desierto.

A las cuatro concluimos nuestro banquete y volvimos a subir al fantástico monte, para darle un adios, hasta el próximo verano, y para inscribir, siguiendo una antigua costumbre, nuestro nombre á la puerta del santuario.

III.

Los señores Carreira, Luces y Losada nos enteraron de todos los accidentes de aquella naturaleza salvaje, y despues de una acalorada discusion, convinieron en que los subterráneos del Pico-Sagro, no eran más que comunicaciones secretas con el convento que hubo en San Juan de Caba, hechas por los antiguos habitantes de Galicia, para poner á salvo, en caso necesario sus riquezas, por temor á las continuas irrupciones ya de los romanos, ya de los suevos, ya de los árabes, y que con el trascurso de los siglos se habian destruido, una vez que el granito era de poca tenacidad.

A las cuatro y media abandonamos aquel delicioso paraje,—y tomando diferente camino del que habiamos traído, llegamos á Sarandon, en dónde descansamos un poco en casa del párroco.

Aquel buen sacerdote nos recibió con suma amabilidad, y pude conocer á fondo sus prendas morales que son las de un santo.

Tambien nos enseñó un hermoso gabinete de relojería, sitio en donde suele pasar las horas, despues que ha cumplido con su sagrado deber, traba-

jando por mera aficion en aquel arte, que es predilecto para él.

Era ya noche cerrada cuando salimos de allí, y cruzamos por segunda vez el Ulla, en la barca de Saron. A las ocho llegamos á la posesion que en Ribeira posee el señor Luces, y á las diez envueltos en las tinieblas y con la mayor felicidad, entramos vitoriosos por la Estrada, corriendo enseguida al Circo á celebrar con un banquete nuestro viaje, y prometiéndonos solemnemente, para dentro de un año, hacer igual excursion.

WALDO ALVAREZ INSUA.

Santiago—noviembre de 1874.

BAJO TU SOMBRA.

Arbol bello, confidente
discreto de mis amores
¡qué de instantes seductores!
contemplándote pasé,
cuando las áuras nocturnas
tu copa gentil besaban,
y á mis labios arrancaban
cantos que te dediqué!

En el azul de los cielos
se recostaba graciosa
tu altiva cabeza airosa
orlada de majestad:
y esa antorcha de la noche
cual cinéndote de adornos
festonaba tus contornos
en plácida claridad.

Seguian tus movimientos
altaneros y graciosos
mis tristes ojos ansiosos
de admirar tu perfeccion:
tú eras el que aprisionabas
mi imaginacion dormida
en una fiebre encendida
de divina agitacion.

¡Qué recuerdos! te miraba
mecer tu gentil cabeza
cual de infinita tristeza
queriendo languidecer,
cual beldad enamorada
que á la vista de su amante
enrojecido el semblante,
se intimida de querer.

¡Era un instante! orgullosa
tu altiva frente, en seguida
más que las palmas erguida
me volvias á mostrar,
y exhalabas un gemido
breve, indolente, lijero
como de pecho altanero
el forzoso suspirar.

¡Cuanto encantan á mí alma
esas soberbias bellezas,
revelacion de grandezas

entusiasmo del mortal.
Por eso al pié de tu tronco
pulsando modesta lira,
cantos que el alma suspira
dedico yo á mi ideal.

Si esas sagradas ruinas,
restos de régios lugares,
á los que bellos cantares
vate augusto dedicó;
que los siglos respetaron,
que nostrasmite la historia,
cual magnífica memoria
de época que ya pasó:

Si con su altivo silencio
nos hablan de lo pasado,
de llanto que han escuchado,
sangre que vieron verter,
tú, bello árbol delicioso,
más cariñosas historias
que hechos sangrientos de glorias
revelaras al querer.

Tal vez con tiernos suspiros
amorosas emociones,
pasadas generaciones
escribieron á tu pié!
Yo si fecundó la sangre
la tierra que te dá vida,
si diste al crimen guarida
árbol mio, no lo sé.

Mas presiento que yo sola
en el mundo no sería
quien con lágrimas vendría
tu récio tronco á regar:
presumo que has escuchado
más suspiros que los míos
á los que en écos sombríos
has sabido contestar.

Presiento que has sorprendido
mil amantes pensamientos,
que ha legado á tus acentos
todo sér que te miró;
comprendo que hay en tus giros
muy severa melodía,
inexplicable armonía
que el amor me reveló.

Al evocar las memorias
de que eres tu confidente
jocoso grato me es el ambiente
que te obliga á suspirar;
ese acento misterioso
que exhala tu altiva copa
hiela el gemido en la boca
y ahoga de llanto un mar!

Paréceme que te burlas
tristemente de mi llanto,
murmurando ardiente canto
de otra pasada pasión:
paréceme que me dices
en tus altivos acentos
la ventura y los contentos
de otro amante corazón.

Y en airoso movimiento
dices cual éco profundo:
«El llanto y dolor es el mundo
desde que le escucho yó.»
¿Y los contentos pasados
Qué son al gozar de ahora?
—El tormento del que l'ora
al tormento que pasó —

CLOTILDE ROMERO G. MEZ.

Mondoñedo - 1874.

LA BARONESA DE FRIGE.

XVI.

El último pensamiento de Wèber.

El desastre era tan inmenso que no lo abarcaba por completo, — y sin obtener un débil reflejo de esperanza, capaz de iluminar mi pensamiento, fijaba las pupilas en la mole compacta del palacio de Frige que se determinaba en la soledad, in-istiendo en e ta fi-jeza como si demandara alguna voz dulce, algún eco tiernísimo que penetrara en la caverna sorda de mi alma. Veía correr luces artificiales por las ventanas del palacio, veía correr también las estrellas filantes en el cielo, veía brillar las luciérnagas en las sombras de los sembrados, y confundía todas estas luces como si no pudiera darme cuenta de si velaba en los campos ó soñaba en mi lecho. Hubo momentos en que, semejante á un imbécil, ni recordaba nada, ni nada sentía.

Así pasó toda la noche; — y cuando empezó á cubrirse de encajes de plata y ráfagas de arbol la parte azulada de las cretas de Chain, cuando la luna empezó á ocultarse en los ventisqueros de Ozon y las estrellas palidecían tanto por el lado de Toba que parecían extinguirse en el horizonte, cuando conocí en fin que todo anunciaba en el cielo la salida del sol, entónces me dirigí á Loalo, hácia la casa de un labrador conocido, donde me albergué, exigiéndole el mayor secreto respecto de mi estancia allí.

Al tenderme en la cama que me prepararon, era tal la fiebre que me abatía, que apenas pude responder á las preguntas que me hicieron, — y si respondía era con la mayor incoherencia.

Pasé así tres días — al cabo de los cuales como si despertara á una nueva vida, se había borrado de mi mente toda idea angustiosa de cuanto me sucediera, — y gracias á este embotamiento de mis facultades afectivas, pudo recobrar el cuerpo el vigor vital que parecía abandonarle. Pero como no podía ya ménos de suceder, á medida que se tranquilizaba ó vigorizaba mi organismo, así empezaron á perfilarse en mi memoria las imágenes, aunque pálidas, de cuanto me había pasado; de modo que, no pudiendo salir sinó de noche por temor de ser visto, la del quinto día corrí hácia el pinar de la colina inmediata al palacio de Frige, afanoso de observar, de respirar la atmósfera que envolvía á Piedad.

Brillaba la luna como un poético faral de nácar en el espléndido azul del cielo, y el silencio del valle no era interrumpido por el más leve rumor como si todo durmiera en la calma profunda de la soledad, — calma que parecía reflejarse en mi pecho hondosamente. Entónces, y en esta situación de espíritu, espíaba la masa oscura del palacio de Frige como int-rrogándole por la felicidad perdida. Preguntábale mi alma qué era de su señora, si vivía ó ha-

hia muerto, —y como si Dios tuviera compasión de mi agonía, se abrió la ventana del gabinete de Piedad, y su busto se perfiló en ella como un retrato en un marco, resaltando sobre un fondo de luz de oro.

Pero ¿sería ella? Ah! sí; mi alma no se engañaba ni podía engañarse. Allí estaba, allí! Pudiera ser dudosa para otro semejante aparición, pero para mí no daba lugar á la menor duda. Allí estaba, allí, solitaria como yo, interrogando sus misterios á la noche como yo interrogaba sus misterios á la pesada mole de la baronía. Allí estaba, allí, respirando el fresco purísimo de aquella atmósfera de verano, envuelta sin embargo en un abrigo elegante. Oh! sí, era ella! Aunque alguna distancia nos separaba, su peinado á rizos, su cabeza bellísima, sus hombros redondeados, los contornos en fin de su medio busto se destacaban vigorosamente en relieve, iluminados por la luz interior de la habitación.

De pronto Piedad se retiró con lentitud de la ventana, en seguida oí el ruido de abrir el piano, y después conmovieron las reposadas ondas del aire los primeros acordes *moderato* ó más bien *maestrosos* de la sentida melodía de *Weber el último pensamiento*.

Esto me hizo un daño cruel. Cada nota, cadenciosa y trémula á la vez, penetraba en mi corazón de una manera agudísima como la punta de un puñal, —y el conjunto armónico de esas notas, ya lentas, ya rápidas, pero siempre espirantes, significaba en su sentimiento y expresión, no el último pensamiento del compositor alemán, sino el último pensamiento de la artista, como si Piedad se despidiera de este mundo semejante á una alondra herida en la floresta donde cantaba. A cada vibración sonorísima, pero sumamente melancólica, parecía responder mi alma con otra vibración espiritual, onda tras onda de dolor, como si la llamara la mitad de la suya palpitando en la sonoridad trisísima del piano que pulaba la baronesa.

Aquella melodía me mortifica mucho por los recuerdos funestos que entrañaba para mí. Pero ¿por qué se adhería tenazmente el espíritu de Piedad á esa atribulada melodía de Weber y no á otra? ¿Por qué no variaba? ¿Qué le recordaba ó que había en ella que no parecía sino que quería morir mediando al espíritu en sus giros y espirales de dolor? Ah! yo era el que ménos podría dirigirme semejante pregunta, yo que conocía el terrible secreto de aquel lamento armónico; pues aquella melodía venía á ser para Piedad una queja viva de amor que extasiaba su alma en la contemplación de un ideal perdido... una queja de amor manifestada con todo el fuego, dulce y melancólico á la vez, de la primera ilusión de un alma angelical... una queja postrera de amor en fin de la virgen que sueña con el cielo y que teme despertar en la tierra!

¡Cuánta poesía encerraba aquella situación, pero la poesía de la muerte al fin, al salvar el dintel de la vida! Yo no hacía más que pronunciar su nombre á media voz en el silencio de aquella noche de nácar y diamantes, de luna y estrellas; —y como sentía en el ambiente ráfagas embriagadoras como si fueran besos que se escaparan de su pecho, mis brazos se agitaban en el espacio sin conciencia de lo que hacía.

De pronto, á las quejas armoniosas del piano, se unió su voz. Su voz... su voz que modulaba palabras de infinita tristeza. Cantaba... cantaba acompañando su canto con el piano pero siempre girando canto y música sobre el último pensamiento de Weber, que parecía ser el suyo. ¿Que decía la letra? He aquí lo que no podía percibir por la *floriture*, por la distancia, y por que su voz se velaba (*stanco*) como si careciera de aliento. Y esto último debió de sucederle porque, como si se aburriese de la falta de espíritu vital ó de voz, dejó de cantar, cerró el piano, y volvió á asomarse á la ventana.

Entonces la oí toser penosamente, y sentía yo sus tos en los senos del alma. Ah! no sabéis lo que es esto? ¿No sabéis lo que es oír toser á una mujer querida, que se muere física de amor por vosotros? Dios mío! no os veáis jamás en situación semejante... porque á cada eco dificultoso de la tos sentirías desgarrarse las entrañas con crueles estremecimientos, y á cada uno de estos estremecimientos del cuerpo sentirías como el corazón moría dentro del pecho.

Poco me duró esta impresión fatal, pues Piedad se retiró cerrando la vidriera, y luego se amortiguó la luz de su habitación indicando que se arrojará sobre su lecho.

Yo seguí valando, allí, en la meseta, bajo la fronda del pinar. Y como se levantara hácia la media noche un viento fuerte que susurraba en el ramaje de los pinos con tristeza, remedando notas de angustia, tuve que retirarme á mi albergue de Loale, porque me parecía que todo en la tierra vibraba en son de queja contra mí, la terrible melodía de Weber el último pensamiento.

Pasé la noche muy mal, después de acostarme, creyendo que volvía la fiebre á renovarse, —pues tuve delirios monstruosos, batallando siempre con las terribles notas de aquella melodía alemana que vibraban en mis oídos como si las repitiesen á mi lado. Tuve momentos de terror en que queriendo gritar, la voz quedaba estrangulada en la garganta.

B. VICETTO.

(Se concluirá.)

SECCION SATÍRICA.

Contra nuestro propósito y contra nuestro carácter, tenemos que fundar esta sección en *La Revista*. Bien sabe el público que el objeto de esta publicación — como ya lo evidenciamos en 14 números — era dar á conocer *Galicia á Galicia*, esto es, coleccionar cuantos artículos literarios se hubieran publicado y se publiquen, referentes á la belleza moral y topográfica del país, condenados á la oscuridad y al olvido en publicaciones extrañas ó políticas. Este era el pensamiento que entrañaba nuestra *Revista*, y fieles á él lo hemos llevado á cabo hasta ahora con la perseverancia que nos distingue. Pero como el hombre pone y Dios dispone, como no parece sino que una mala estrella preside á cuanto noble y digno se emprenda por *Galicia y para Galicia*, como esta actitud pasiva en fin que adoptáramos ofendía á la *mediocritad* y esta aspira y aspira á no dejarnos tranquilos en nuestra senda patriótica, preciso es que salgamos de nuestra tienda á combatirla, armados con todas las armas de la razón; —y la sátira es una de esas armas que empezaremos á esgrimir contra las columnas del género bufo con que se trata de envolvernos.

En las cuestiones filosóficas, jamás hemos creído que por emitir tal ó cual apreciación sobre un hecho concreto, esto pudiera concitar la animosidad contra nosotros, puesto que todo esta sometido á la razón del hombre en la Tierra, —y no reconocemos poder alguno capaz de contrarrestarla. Demasiado desgracia llevan en sí las ideas sofisticadas, que al fin como sofisticadas se desvanecen en la nada de su esencia: en horabuena que se las combata, si se quiere, pero no con armas de mala ley como es el púl-

pito, donde un sacerdote inviolable por el lugar en que charla, arroja sin más ni más anatema inmundo sobre el hombre pensador. Si en la prensa se combaten ciertas ideas y ciertas cosas que parecen un padron de ignominia para la sociedad—y lo son en efecto—refutense en la prensa misma, que bien ancho es por cierto este palenque y bien caben en él los contendientes. De la discusion nace la luz,—y llevar al *pulpito* elevadas cuestiones, al *pulpito* donde sólo una parte *charla á tutti piacere* y a la contraria no le es permitido siquiera *rectificar*, cosa es sinó cobarde y miserable, si propia, característica del tirano, del bandido ó de todo ser procaz que goza con la impunidad.

En las cuestiones literarias, jamás hemos creído tampoco que se llevara el ensañamiento hasta el punto que se trata de llevar, colgándonos un sambenito entre las gentes oscuras ú obtusas, calificándonos de *inmorales* cuando, si nosotros lo somos como novelistas, entonces lo son la mayor parte de ellos, desde Victor Hugo hasta el último, pues en las escenas de amor *acentúan* cuanto les parece el erotismo de los amantes;—y esto de condenar en nosotros, sólo en nosotros, lo que se debiera condenar en los demás, sino es estúpido al ménos es malévolos, y hasta asqueroso como personal. Es tanto como decirle á uno: «eres en todo digno en sociedad, y como no encontramos blanco por donde atacarte, nos aprovechamos de esto, que es moneda que pasa entre la gente corta de alcances para desprestigiarte á todo nuestro gusto.»

Justificada la nueva aptitud que adoptamos, de responder al hierro con el hierro y al fuego con el fuego, entremos en batalla, pues.

BALAS RASAS.

Calumnia.—El padre José Ramon, condenó una de estas noches en el *pulpito* nuestra publicación, calificándola de panteísta. ¿Que entendera el buen padre ó tío por panteísmo cuando así nos condena? Precisamente nuestra teoría sobre la naturaleza del Creador, es la *única* anti-panteísta que conocemos de cuantas se han emitido hasta el día desde San Pablo, puesto que el espíritu puro Tiempo y Espacio no constituye el *Gran Todo* de Spinoza y demás panteístas. El espíritu puro Tiempo y Espacio *puede ser sin* la creación, al paso que nada y nada en la creación *puede ser sin él*. Nuestra teoría es la *única* que destiende campos entre el Creador y la creación, al paso que todas las teorías emitidas hasta hoy no hacen abstracción alguna definitiva entre Dios y su obra. Más panteísta que nuestra teoría, es la teoría ortodoxa, pues dice que Dios *es espíritu puro que está en todas partes*,—teoría que establece un *ideal* en la *realidad* del Gran Todo; y esto si no es panteísmo, es *poesía pura* ó *música celestial*. El padre ó tío José Ramon ha lanzado, pues, en el *pulpito* una CALUMNIA GROSERÍSIMA.

¡Y nada ménos que en el *pulpito*!! Está visto que con los neos, el que quiera honra, que la gane, haciéndose neo, sinó no —Y ya que ha elegido la *catedra* del Espíritu Santo para calumniar nuestra *Revista*, siga en ese terreno *acorazado* con la *impunidad*, una vez que las *fielas* se lo consienten: bien sabe el buen padre ó tío, que sus difa-

ciones en lontananza nos tienen sin cuidado, porque las ofensas que se infieren por detras de uno, sobre ser anti caballerescas, se toman como de quien vienen; y las ofensas hijas del despecho de ciertas gentes, más ennobecen que rebajan. Nada de cuanto salga del buen padre ó tío José Ramon y de toda su *troupe*, puede ofendernos moralmente; nada y nada:—esto no es desprecio, es lástima. Esta misma lástima nos obligaria á tender la mano al padre José si se nos presentara ocasion: mientras tanto, siga cada uno en su puesto: él en el *pulpito*, nosotros en la prensa; esto es, el reptil ó el despecho arrojando su baba ponzoñosa en el cielo de la hipocresía, el águila ó el pensamiento cerniéndose en las alturas espléndidas de la verdad.

Moralidad religiosa.—También condenó nuestra *Revista* por inmoral...! Eche V. *jijos*!! —y más valiera que se ocupara, sinó de si, de sus compañeros. La moral cristiana proscribete todo derramamiento de sangre;—¿y es así como la *praectican* el obispo de Urgel, trabuco de Santa Cruz, el cura de Flix, el cura de Alcabon, etc., etc., capitaneando hordas de facinerosos? Practica la moral religiosa ese cura que estos días en Alcalá *robó y violó* á una hija de familia? ¿Practican esa sublime moral el cura que, bajo pretexto de *sacar los espíritus del cuerpo*, se encierra con las casadas en horas que no están los maridos en casa?—Nosotros creíamos que al hablar de moral cristiana, el padre ó tío José Ramon iba á ocuparse de esos compañeros suyos que *debían* darnos ejemplo de vida como el dulce cordero del Calvario: creíamos también que al hablar de moral religiosa se iba á ocupar de los curas que convierten el *pulpito* en *campana* de somaten *contra los liberales*, y se suscriben mensualmente para sostener la guerra civil que nos devora. Pero ay! esto sería pedir peras al olmo. Es mucha lógica la de la gente de sotana! Es la lógica del embudo: ancha para ellos, estrecha para los demás. Bueno es que el público ya va conociendo á los que Jesucristo llamaba *enérgicamente raza de víboras, sepulcros blanqueados*.

Moralidad literaria.—Nosotros no nos oponemos á que cada uno aprecie nuestros trabajos como mejor lo crea en uso de su libérrima voluntad, porque la razón es libre; pero que se nos acuse de inmorales en nuestras novelas por acentuar más ó ménos los abrazos y los besos de dos amantes, —cosa que se vé todos los días *en escena*,—eso no es razonar; eso es difamar á ciegas ó abrigar animosidad contra nosotros, y utilizar la ocasion de *charlar* entre gentes oscuras para despacharse á su gusto. Decimos esto, porque se nos dijo que cierto leguleyo de portal trató de ridiculizar nuestra «Baronesa de Frige» como *inmoral*;—y los que tal pretenden, ó les ciega la *razzia* ó no saben lo que son novelas. La primera novela de este siglo, *Nuestra Señora de París*, será entonces inmoral para esos criticastros de ciento al cuarto, pues la escena donde el capitán Febo está *errando* con la Esmeralda y el arcadiano Claudio Frollo está viendo besarse y abrazarse á los dos amantes, *puñal en mano*... es de órdago!!—¿Y qué dirán entonces de las novelas de Paul de Kock?... apaga.

y vámonos!—¿Y qué dirán de la dama de las Camelias? Y sin embargo, si estuviera concluido nuestro teatro y cantaran esta noche la *Traviatta*, correrían á oír la historia de una... muger perdida ó *extraviada*. ¡Cuanta hipocresía!!—¿Y qué nos dirán del *Edipo* de Martínez de la Rosa, donde se evidencia que un hijo tuvo dos de su misma madre?—Y qué nos dirán de una de las últimas novelas de «El Imparcial» (*Pepita Jimenez*), su autor el académico de número Sr. Valera, donde un mozo que estudiaba para cura le sopla la novia á su mismo padre, y luego... despues de besarse y deleitarse á toda orquesta *delante del lector* entran en una alcoba... y al salir, ella coje un batidor y arregla al mozo el *desórden de sus cabellos*... Esto sí que resblandece la espina dorsal...

Esto sí que... ¿pero á qué hablar de esto si es hablar de la mar!—Sin embargo, aquí hay ciertas sabandijas literarias que... ó no saben lo que son novelas ó quieren *espampanar* de horror á los obtusos con sus declamaciones de moral *cursi* ó moral trasnochada.—y desde luégo prometemos concluir con ellas *aplastándolas*.

Alerta!—Desde primeros del año próximo, imprimiremos m s *sprit* á esta seccion satirica... Con nadie nos meteremos, pero ¡hay de los que traten de *guasearse* con nosotros, porque a guasones nadie nos gana! Ya avisamos... *guerra galana*, pan pan, y vino vino,—y esto dicho, ¡ajo al Cristo que es de plata! Aprecien ustedes nuestros trabajos como mejor les cuadre, como aprecian os nosotros los de otros con entera libertad; pero jamás *sirviendo* de instrumentos inconscientes de difamacion, *explotados por los neos* Ojo á la *raza de vivoras*... no tengan ustedes algun lance en el hogar como el de Alcalá... que el *camelo* seria sensibilísimo, y haria llorar de gusto a los alguaciles y a los chicos del hospicio.

Supimpa.—Caiga el que caiga, advertimos á los neos, que nosotros no estamos solos, que nuestra soledad es *aparente*, que detrás de nosotros está todo el *partido liberal del Ferrol*. Aquí no hay cuestion *porsonal* alguna: aquí no hay más en lucha que clericales y liberales. Cuantas cuestiones abordamos, no tienen carácter individual, sino general; no son de interés personal, sino de interés público. Y si somos cristianos y *no católicos*, eso lo demostraremos pronto á banderas desplegadas, basándonos en las *mismas palabras* de Jesucristo en el Sermon de la montaña. Una cosa es Jesus, y otra la iglesia: lo primero se llama cristianismo, lo segundo catolicismo ¡bien lo sabeis!...

A la via.—Cuanto hagan los neos para concluir con nuestra *Revista*, no conseguirán nada. Por más que *prediquen* hasta en los templos para que los *fieles* se borren de la suscripcion, será en vano, pues si nuestra *Revista* no puede salir en cuatro pliegos cada número, saldrá en dos, en uno ó en medio,—y aún cuando no quedara un solo suscriptor, la repartiríamos *gratis*,—gracias á nuestro peculio, tomado al tanto por ciento del Padre Sarabia. Con que... arroparse, caballeros, para no constiparse.

PADRE Y TIO.

(Chanzoneta con timbales.)

*Tú lo quisiste
fraile mosten,
tú lo quisiste,
tú te lo tén.*

I.

Con su génio levantisco
y sus humos de maton,
armó un soberano cisco
la otra noche en San Francisco
el padre José Ramon.

Pues (porque no era carlista)
condenó á nuestra *Revista*
con tan serafica uncion,
que se perdía de vista
el tio José Ramon.

II.

Como nadie allí podia
rebatir la algarabia
chapucera del simplon,
de gusto se relamia
el padre José Ramon.

Pavero estaba en su saña
creyendo ver ya en España
la tremenda Inquisicion,
y era de ver á ese laña
ó tio José Ramon.

III.

Al escuchar las brabatas
del lacrimoso sermon,
lloraban los papanatas,
y aplaudian las beatas
al padre José Ramon.

Mucho tormento le daba
la *Revista* al carliston,
pues, vive Dios, que admiraba
lo que en ella se cebaba
el tio José Ramon.

IV.

Alta, radiante su frente,
brillaba en ella esplendente
el sol de la inspiracion;
y sudaba de elocuente
el padre José Ramon.

Furioso, como carcunda,
nos sacudió brava tunda,
más tunda sin ton ni son
por tener lógica inmunda
el tio José Ramon.

V.

«No leas esa *Revista*
inmoral y panteista,

cesad en la suscripcion...
clamaba el oscurantista
ó padre José Ramon.

Y echaban fuego sus ojos;
y espuma sus labios rojos
arrojaban en turbion;
marcando así sus enojos
el tío José Ramon.

VI.

Sucedió... lo que debia
suceder... que al otro dia
aumentó la suscripcion;
y esto no lo preveía
el padre José Ramon.

Y como aumentó la lista...
siga contra la *Revista*
predicando otro sermon
el fanático carlista
ó tío José Ramon.

VII.

Basta ya de pastorales
contra el pastoral bufon;
mas si por estos timbales
nos lleva á los tribunales
el padré José Ramon,

probará malas usanzas,
probará sus destemplanzas
en el género guason:
que estas no son sino... chanzas
al tío José Ramon.

El Cura de Santa Cruz.

Ojo por ojo!—La verdad es, que en el fondo de todo esto, no hay sino que el Padre José Ramon se ha querido *chancear* con nosotros, llamándonos cuanto habia que llamar en su famoso sermon, y que nosotros nos *chanceamos* á la vez con él. Se olvidó el pobre hombre de aquella máxima de Jesucristo: *con la vara que midieres, serás medido*, y hélo aquí todo. Si el Padre José Ramon hubiera dejado en paz á nuestra *Revista*, la *Revista* no se ocuparia de él. Bien sabemos que las faltas de los demás no disculpan las nuestras, pero tampoco se nos reprochará que lo malo es contagioso y que mal podíamos hacer ostentacion de *humildad y mansedumbre*, cuando los que nos debian dar ejemplo de esa misma *humildad y mansedumbre* se arrojan como tigres sobre nuestra reputacion filosófica y literaria, no sólo apelando á la ira sino á la calumnia.

Consi_namos hidalgamente esta manifestacion, para que el público tenga en cuenta la actitud natural de defensa propia, que hemos adoptado, devolviendo ojo por ojo y diente por diente á nuestros enemigos encarnizados. Si nuestras afirmaciones filosóficas y literarias en la prensa, no estaban en firme, combátanse en la prensa misma donde las armas son iguales para tirios y troyanos; pero no se nos refute y anatematice en el púlpito, prevalidos de la inviolabilidad del recinto. El públi-

co tiene sobrado criterio para apreciar debidamente la *chanza* de mal género que se usó con nosotros, y que no hacemos más que *castigar* con otras chanzonetas, desde nuestro humilde puesto en la prensa. Al combatir una institucion desvencijada y carcomida, que rechaza la moral universal porque mistifica la religion y la politica, no hemos atacado á persona alguna; y nosotros si que fuimos atacados personalmente como inmorales y panteistas, nada ménos que en el púlpito!! en el púlpito donde, como en la prensa, no podiamos devolver ojo por ojo y diente por diente.—¡Ah, cómicos! Como os conocemos bien, prevenidos quedamos contra vuestros ataques.

Lógica clerical.—Nosotros somos panteistas, inmorales y cuanto malo hay que ser, porque no pertenecemos al partido clerical en armas hoy contra los liberales. Si, por el contrario, asesináramos prisioneros indefensos como Saballs, el cura de Santa Cruz y el cura de Flix seriamos la moralidad andando para cierta ventuza que tiene entrañas de hiena contra cuanto huele á liberal.

A su hora.—aunque parece amortizado el espíritu liberal en Ferrol ¡guay de los que confien en eso...! Ese espíritu público en favor de la libertad civil en su acepcion bien entendido, no necesita más que un pequeño estímulo para despertar, y arrojar en su empuje á todo clérigo habido y por haber! Vease la Historia y desde a revolucion popular del siglo XV contra los clérigos y contra los nobles, el Ferrol siempre fué la *cuna* de la Libertad en Galicia.

Cándidos!—Muchos de los que han comprado bienes nacionales, son tan cándidos que creen que si triunfara el clericalismo, les iba a dejar en posesion de esos bienes... Puff!--No sólo recuperaria el clero los bienes que, segun él, *fueron de la Iglesia*, sino que, además de excomulgar á los compradores hasta la quinta generacion, les harian aprontar la renta que percibieron. Quien no conozca el *reñor* de la clericalia, será un verdadero *memo*.

Aquí de los leguleyos, que matan al alcalde!—Hemos extrañado mucho que un sacerdote, que en el mero hecho de ser o debe suponerse persona ilustrada, haya dicho con publicidad en el púlpito que nosotros eramos *inmorales, groseros panteistas* y todo lo demás que le plugo;—porque, como persona ilustrada debe saber que, aunque nosotros fuéramos inmorales, panteistas y cuanto habia que ser, nuestras leyes condenan llamar todas esas lindezas á nadie (*públicamente*). El código está terminante; pero sin embarco, no seremos nosotros jamás, los que corramos á ampararnos de él,—excepto si se nos acusa de delitos tremebundos como *robo ó asesinato* etc, si hasta eso pudieran llegar las *chanzas* clericales Sean más hidalgos los clericales en su guerra contra los liberales: aprendan de nosotros que, aunque hemos declarado guerra al ultramontanismo, nos atrincheramos, no en los sofismas del púlpito, sino en las razones que emitamos en la prensa; esto es, en campo abierto y á la luz del sol, no en campo vedado como la iglesia y A SU LUZ ARTIFICIAL.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).